

Fronteras que hacen desaparecer y, desde abajo, reparación

Álvaro Ramírez-March
Universitat de Barcelona

Es septiembre de 2025 y me encuentro en un punto que solía marcar el final del Viejo Mundo, el meridiano cero, siglos antes de que se decidiera que tendría que pasar por Greenwich. La isla de El Hierro es pequeña. Es escarpada, aprendo, al ser la más joven y menos erosionada del archipiélago Canario. Con apenas 11000 habitantes, es poco más que un pueblo grande en el que todo el mundo se conoce, y sin embargo en los últimos años está acostumbrada a recibir una gran atención mediática al ser el punto principal de llegada de los cayucos que parten de Senegal, Mauritania y Gambia. De la ruta atlántica hacia las Islas Canarias se ha dicho mucho desde que se reactivó en 2020. Recientemente, que es la más [letal del mundo](#). La vastedad de la distancia que tienen que recorrer las embarcaciones a través del océano Atlántico hace que muchas de ellas desaparezcan sin que nadie lo sepa. En otras ocasiones, las embarcaciones llegan a puerto con algunas personas ya fallecidas, o bien mueren en el hospital de la isla debido a su precario estado de salud al llegar. Todas ellas son enterradas en la isla, la gran mayoría de ellas sin ser identificadas formalmente.

En esos días visito el cementerio más próximo al puerto de desembarque de los cayucos, donde un miembro de una pequeña red solidaria en la isla me guía por las últimas llegadas de personas fallecidas. Me muestra sus nichos, que cuidan y documentan en un esfuerzo por entender cómo funcionan los diferentes engranajes del estado involucrados: forenses, policía científica, policía judicial, juzgados; actores todos con los que estoy familiarizado desde que me involucré (también) etnográficamente con la temática (NB: Desde 2022, mi involucración etnográfica en el tema ha estado mediada por mi participación como miembro de la red *Watch the Med Alarmphone*. Las ideas de este texto están también inspiradas en la práctica colectiva de apoyo de esta organización a personas que realizan búsquedas de sus seres queridos. También nacen del trabajo colectivo hecho con [Dimitris Papadopoulos y Valentina Azarova](#)). Las llegadas de cayucos son un asunto público en una isla tan pequeña y diferentes personas que participan en los dispositivos humanitarios acaban, irremediabilmente, en contacto con estas muertes. Algunas reciben peticiones de familiares, quienes les buscan en internet o en redes sociales, y otras veces es el mismo boca a boca entre las comunidades que sobreviven al viaje, las principales buscadoras, que hace que lleguen a ellas. La preocupación de quien me guía, como la de tantas otras personas con las que hablo, es lograr identificar estos restos humanos. Esto permitiría a sus seres queridos conocer dónde están, salir de la incertidumbre y, si lo desean y pueden pagarlo, poder trasladarlos a su país de origen.

El pueblo canario ha sido un pueblo emigrante. En El Hierro, en particular, hay una memoria muy presente de la hambruna que llevó a la población de la isla de la isla a migrar a lugares como Cuba y Venezuela en la primera mitad del siglo XX, una memoria muy presente en las redes que se activan. Mientras escribo esto pienso que no debo romantizar la isla. Sin duda, las formas de organización en las que me fijo coexisten con percepciones xenófobas y con la idea de que las llegadas (y las muertes) de personas migrantes son perjudiciales para la economía turística herreña, su principal sustento. Y sin embargo mi mirada se dirige a ellas. Me interesa pensarlas como [prácticas de reparación](#).

No es posible reparar la muerte, la desaparición. Frente a la pregunta de cómo reparar lo irreparable, un mundo roto, una historia rota, un pasado colonial, un presente colonial, lo que tenemos son respuestas heredadas. Un guión que ha viajado con categorías para leer la violencia, pensar cómo lidiar con ella, y que está influido por la [globalización del discurso y la práctica](#) de los derechos humanos y la justicia transicional. Los ejemplos de cuidado post-mortem de El Hierro son unos, de tantos otros en otras partes, que resuenan con un guión conocido. Se abre el telón, vemos a las Madres de Plaza de Mayo sujetando las fotos de sus hijos desaparecidos, se cierra el telón. Se abre el telón, vemos a las organizaciones de madres migrantes buscadoras en las Américas sujetando las fotos de sus seres queridos desaparecidos viajando juntas en una caravana de búsqueda en México, se cierra el telón. Se abre el telón, vemos la Caravana por las personas migrantes desaparecidas organizada por la organización Boza Fii en Senegal, se cierra el telón. El cómo lidiar con la violencia de la frontera no es sino un trabajo en espiral en el que resuenan las prácticas de búsqueda de verdad y el activismo por la memoria. Entender estas formas organizativas como prácticas de reparación frente a la violencia desaparecedora de los regímenes fronterizos es pues una forma de destacar la potencia contenida en los ecos de estos guiones pasados.

Algo que resulta también evidente es que, inevitablemente, estas prácticas toman forma y se consolidan como prácticas de reparación en su diálogo más o menos contencioso con el Estado y las avenidas de justicia que este permite. Como muestra la reciente consagración por la ONU de nombrar *desapariciones forzadas* las muertes y desapariciones de personas migrantes, este trabajo de reparación formal es clave para generar una contra-narrativa que exponga la responsabilidad de los estados y las políticas migratorias en la producción [sistemática de violencia](#). Sabemos también por los ecos de estas prácticas de reparación que, sin embargo, la justicia estatal tiene serios problemas para [abordar opresiones de carácter estructural](#), sobre las que [frecuentemente redunda](#). Es esta tensión sobre el carácter estructural de los regímenes de frontera la que nos invita a ampliar nuestro vocabulario, y es aquí donde entra la idea de la reparación *desde abajo*.

Que la reparación no se agota en el Estado no es [una idea nueva](#). En el contexto de la violencia de las fronteras, hablar de reparación desde abajo es una forma de cultivar una sensibilidad hacia la relacionalidad implícita en las prácticas de comunidades migrantes y aliadas. Partir de una ontología relacional nos obliga a abordar el [entrelazamiento colonial](#) de los regímenes de frontera, de la justicia estatal

y de las mismas redes de solidaridad que se enfrentan a la muerte y la desaparición en frontera. Aquí inspirado por cómo se piensa y se practica la [reparación](#) en las comunidades negras y abolicionistas [en EEUU](#), así como en el marco epistemológico y político de la autonomía de las migraciones, el *desde abajo* nos habla de cómo estas prácticas son ya en sí mismas generativas, materializan una forma de justicia “[inmediata](#)” más allá de su orientación hacia el Estado. La muerte y la desaparición crean comunidades basadas en el sostenimiento de la vida y de la libertad de movimiento en medio de una violencia y una pérdida que no cesa. Vida en y a pesar de.



Fotografía: La isla de El Hierro (autor)